

corazon al cielo, querida patria vuestra, que apegarle á la tierra, triste lugar de vuestro destierro?

San Hilario explicando estas palabras de Jesucristo: no hagais, dice, vuestro tesoro de la opinion y de las alabanzas de los hombres; no espereis de ellos vuestra recompensa; esperadla únicamente de Dios. ¡Ah! ¡qué poco racionales son los hombres! ¡qué poco conocen sus verdaderos intereses! no nos afanamos, no trabajamos con actividad mas que por los bienes de la tierra; bienes falsos, frívolos, vacíos, bienes aparentes que nada tienen de durable, y que se nos deben quitar necesariamente tarde ó temprano. ¡Cuán ciegos somos! ¿porqué no dirigimos todas nuestras miras y nuestras solicitudes hácia el cielo, hácia las verdaderas riquezas, cuya posesion debe ser eterna, y que son las únicas que pueden para siempre llenar nuestros deseos? El justo no tiene afición á la vida, porque cuenta como nada los bienes de que goza en ella. No ha trabajado, ni trabaja mas que para el cielo; allí está su tesoro, y por consiguiente su corazon. ¡Qué sabio, qué dichoso es este justo, en no apegarse aquí abajo, donde es extranjero, y en hacer pasar todo el fruto de su trabajo al cielo, su verdadera, su eterna patria! ¡Qué diferencia en la muerte entre el pecador y el justo! el corazon del pecador está todo en la tierra, y le es preciso dejarla; el corazon del justo está en el cielo, y la muerte le abre la entrada en él. La palabra tesoro, dicen los intérpretes, significa no solo el dinero, sino tambien los muebles, los vestidos preciosos, los repuestos de grano y de provisiones para la vida; el orin no gasta mas que el metal, los gusanos roen los muebles, los vestidos y el grano.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Señor, conceded á vuestros fieles la gracia de que entren en la solemnidad sagrada del santo ayuno con la piedad que deben llevar á ella, y que se sostenga en toda la carrera con una devocion imperturbable. Por nuestro Señor, etc.

La epistola es tomada de la profecia de Joel, cap. 2.

Hé aquí lo que dice el Señor: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, en el ayuno, en las lágrimas y en los gemidos. Despedazad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y no se deja vencer por nuestra malicia. ¿Quién sabe si se volverá á nosotros, si nos perdonará, si dejará despues de sí la bendicion, á fin de que presentemos al Señor nuestros sacrificios y nuestras ofrendas? Haced resonar la trompeta en Sion, ordenad un ayuno santo, publicad una reunion solemne, haced venir á todo el pueblo, advertidle que se purifique, juntad los ancianos, traed tambien los niños, y los que todavía están al pecho; salga el esposo de su aposento, y la esposa del lecho nupcial. Llorarán los sacerdotes y los ministros del Señor entre el vestíbulo y el altar, y exclamarán: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no dejeis que vuestra heredad sea entregada al oprobio, de modo que caiga bajo la dominacion de las naciones. ¿Sufriréis que las naciones digan de nosotros: dónde está su Dios? El Señor tiene un amor ardiente por este país que mira como suyo, y él ha perdonado á su pueblo. El Señor ha hablado á su pueblo y le ha dicho: Yo os enviaré trigo, vino y aceite, y quedaréis satisfechos, y no os abandonaré ya á los insultos de las naciones, dice el Señor omnipotente.

Joel, hijo de Phatuel, era de la tribu de Ruben: es el segundo de los doce profetas menores. Profetizó hácia el año 789 antes de Jesucristo. Su profecia contiene tres capitulos. Habla de los azotes con que Dios castigó á su pueblo, y de la penitencia que este pueblo

debía hacer para apaciguar la cólera de Dios. Ha predicho la venida del Espíritu Santo, el juicio último, y el rigor con que Dios juzgará á todos los hombres.

REFLEXIONES.

Convertios á mi de todo vuestro corazon. Dios mismo es el que nos invita, el que nos urge, el que nos manda que nos convirtamos á él de todo nuestro corazon. Despues de esto ¿á qué pecador puede faltarle la confianza? pero al mismo tiempo ¿quién puede diferir el convertirse? Si un príncipe ofreciese con tanta franqueza el perdon á un criminal; si él mismo convidase á un cortesano desgraciado á que volviese á la corte, ofreciéndole su amistad, sus favores, ¿se hallarian muchos que se resistiesen á partir? ¿qué difiriesen su vuelta? ¿A quién le ha parecido que era sobrado costoso, ó que eran demasiado onerosas cualesquiera condiciones para comprar el favor de un príncipe? ¿Ah! ¿Y qué es el favor de un príncipe de la tierra, en comparacion de la amistad del soberano Señor del universo, del Dios omnipotente, fuente de todo bien, y unico árbitro de nuestro eterno destino? Y sin embargo ¿quién se rinde á su voz? ¿quién responde con prontitud á su invitacion? ¿quién se apresura á entrar en su favor, por mas que nos ofrezca su amistad con empeño? Todos quieren convertirse, porque las gentes del mundo, los pecadores mas escandalosos, las mujeres mundanas, los libertinos de profesion, no querrian morir en su desgracia; quieren, pues, convertirse, pero se teme siempre el que sea demasiado pronto si se hace inmediatamente. Dilacion de la conversion, paso seguro, gaje cuasi cierto de la impenitencia final. El que vive con un deseo ineficaz

de convertirse, cuasi por lo comun muere impenitente. Vos, Señor, convidaís, solicitaís á los pecadores para que se conviertan; mas á ellos no les place. Cuando estarán de humor para ello, es decir, cuando ya estarán disgustados de sus placeres; cuando por enfermedad, por la edad, ó por algun accidente funesto, no se hallarán ya en estado de ofenderos; cuando se verán al borde del abismo, en que van á ser precipitados; cuando ya desagradarán á los mundanos; cuando no serán ya buenos para nada; cuando el mundo á quien han servido, y de quien han sido esclavos, no admitirá ya sus servicios: entonces esos mundanos rendidos, esos pecadores cansados, esas mujeres coquetas, envejecidas ó desgraciadas, esos libertinos arrojados de las asambleas profanas, de las partidas de placer, que han llegado á ser odiosos en Babilonia, pensarán de veras en tomar el camino de Jerusalem, y en venir á ofrecer al Señor los miserables restos de una vida corrompida. Dios es misericordioso, es verdad; mas aun, es todo misericordia; pero no es menos justo. ¿Y creemos que estos regresos forzados, que estas pretendidas conversiones dilatadas, sean de un gran mérito delante de él? El pecador no debe jamás desesperar de su salvacion; aun cuando no le quedase mas que un soplo de vida, debe reanimar toda su confianza en un Salvador que ha hecho tanto, y que ha muerto universalmente por todos los pecadores; pero un pecador que es insensible á las amorosas sollicitaciones de la gracia, y que se endurece voluntariamente contra toda la impresion del Espíritu Santo, ¿no tiene nada que temer? *Convertios á mi de todo vuestro corazon.* Quien dice de todo vuestro corazon, pide una con-

version entera, perfecta, sin division. No hay conversion verdadera, si no es de todo corazon. Reformar el lujo de los vestidos, cortar el juego, romper los vinculos criminales, no asistir mas á los espectáculos profanos, privarse de toda diversion poco cristiana, es una conversion muy edificante; pero si queda todavía alguna pasion dominante que sujetar, alguna aficion favorita que vencer, alguna injuria que perdonar, alguna frialdad que extinguir, algun lazo que romper, la conversion no es entera; no hay conversion de todo corazon, cuando hay alguna reserva en la conversion. He pasado á cuchillo, decia Saul al Profeta, á todos los Amalecitas, nada he perdonado de cuanto les pertenecia, conforme á la orden del Señor; y ¿qué significa, repone Samuel, el balido de esas ovejas, la voz de ese rebaño que has perdonado? ¡Buen Dios, qué de conversiones ambiguas, imperfectas, defectuosas! ¡Cuán pocos se convierten á Dios de todo su corazon!

El evangelio de la misa es de san Mateo, tomado del cap. 6.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: cuando ayunais, no afecteis un aire triste como los hipócritas. Ellos ponen su rostro macilento para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo que han recibido ya su recompensa. Mas cuando tu ayunes, unge tu cabeza, y lava tu rostro, á fin de que no aparezca á los ojos de los hombres que ayunas, sino á los de tu Padre que está en lo oculto, y tu Padre que ve en lo escondido te recompensará. No junteis tesoros en la tierra, donde el orin y los gusanos lo consumen todo, y donde los ladrones socavan y roban. Juntad, pues, tesoros en el cielo, donde no hay herrumbre ni gusanos que consuman, ni ladrones que eaven ni que roben. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon.

MEDITACION.

SOBRE LA CEREMONIA DE LA CENIZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la ceremonia de poner hoy la ceniza en la cabeza no es puramente una ceremonia exterior, vacía, indiferente, estéril; es una práctica religiosa que, recordándonos la memoria del formidable decreto pronunciado contra nosotros por el soberano Juez, es tambien el símbolo de la penitencia y de nuestra mortalidad. ¿Qué hacemos, pues, hoy cuando ponemos la ceniza sobre nuestras cabezas? Hacemos lo que hacia Josué, cuando para apaciguar al Dios de los ejércitos, y reparar el latrocinio de los despojos de Jericó, él y los ancianos de Israel se cubrian la cabeza con el polvo. Hacemos lo que Jeremias recomendaba á los principes de Judá en la desolacion de su patria, recomendándoles que moririan muy pronto. Hacemos lo que hacia Esthér, Judith, Mardoqueo y el rey de Ninive. Hacemos, en fin, lo que en la ley de gracia nos ha dicho Jesucristo que habrian hecho Tiro y Sidon, si hubiese obrado á su vista los mismos prodigios que habia obrado en Corozain y en Bethsaida. Hacemos lo que tantos santos han hecho. Las palabras humillantes que el sacerdote con la ceniza en la mano pronuncia hoy sobre el hombre postrado á sus piés, son los mismos términos del decreto pronunciado contra el primer hombre en castigo de su pecado. El designio de la Iglesia poniéndonos la ceniza en la frente es excitarnos á la penitencia y al desprecio de nosotros mismos, á la vista de este débil resto en que vienen á parar todos los

bienes, los placeres, los honores de esta vida, y á que nosotros mismos hemos de quedar reducidos en la muerte. Las oraciones que hace la Iglesia sobre estas cenizas, al bendecirlas, dan una virtud secreta á esta religiosa ceremonia, que no deja de inspirar la compuncion, y de atraer la gracia de la penitencia á todos los que reciben esta ceniza sobre su cabeza con disposiciones santas en el corazon. ¡Qué efecto no debe producir esta práctica de religion! ¡qué desprendimiento de la vida! ¡qué disgusto de los bienes criados! ¡qué indiferencia por las dignidades mas brillantes! ¿Se puede ver este puñado de ceniza, imágen verdadera de lo que llegaremos á ser un día; se puede oír este decreto, este oráculo terrible cuyas amenazas verificaremos nosotros muy pronto, sin que nuestro orgullo quede humillado, sin que nuestra molicie sea confundida, sin que queden confundidos nuestros ambiciosos proyectos, sin que nos llenemos de vergüenza, y tengamos un verdadero sentimiento de haber hecho tanto caso de las engañosas conveniencias de esta vida? ¡Qué remedio tan saludable son estas cenizas derramadas sobre la hinchazon del corazon humano! ¡qué propias para abrir los ojos sobre el falso resplandor de mil objetos seductivos! ¡qué bien pueden sazonar las mas amargas adversidades de esta vida!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuántos buenos efectos puede producir esta ceniza recibida sobre nuestras cabezas con un espíritu de religion, con un corazon contrito y humillado, y con las disposiciones que pide esta santa ceremonia. El pensamiento de la muerte, inseparable

de esta santa ceremonia, es el primer efecto que produce. Aun cuando uno fuese el mas poderoso monarca del universo; aun cuando fuese el hombre mas dichoso del siglo, morirá; y toda aquella pompa, aquella grandeza, aquella majestuosa reputacion, aquella tumultuosa felicidad que tiene tantos envidiosos, todo esto se extingue en el sepulcro: escudriñad esos soberbios mausoleos, orgullosos monumentos de la vanidad mundana; no encontraréis en ellos mas que un puñado muy pequeño de cenizas, menos preciosas que la urna que las contiene. Hé aquí lo que queda por fin de esos grandes principes, terror ó admiracion de su siglo, de todos esos héroes de los siglos pasados, de todos esos favoritos de la fortuna, para hablar segun el lenguaje de las gentes del mundo; algunos restos de huesos calcinados, un puñado de cenizas fétidas, á esto se reduce todo. No tendremos otra suerte, aun cuando fuesemos todavía mas poderosos, mas ricos, mas llenos de satisfacciones que lo han sido todos estos; algun dia se dirá tambien de nosotros lo que hoy se dice de esas victimas de la ambicion humana, y cada uno es á su vez una prueba sensible de esta verdad. La estima y el amor mismo de la virtud es otro efecto de la ceremonia de las cenizas. ¡Buen Dios, qué propia es esta ceremonia misteriosa para desengañarnos de tantas grandezas falsas, de todas esas opiniones populares que encantan y seducen! pero al mismo tiempo ¡qué eficaz para descubrirnos el mérito sólido, y el precio inestimable de la verdadera virtud! Los santos, se dirá, mueren tambien como los pecadores; ¡pero qué diferencia de cenizas á cenizas! Las unas son objeto de horror, las otras objeto de veneracion; tanto poder y atractivo tiene

la santidad. Aquellas se arrojan á los piés, delante de estas se postran con veneracion. La tierra misma que ha cubierto los cuerpos de los santos tiene virtud de hacer milagros. ¿Qué debe concluirse de todo esto, sino que es una insigne locura buscar la felicidad en los honores, en los placeres, en los bienes de esta vida, y que es preciso haber perdido el juicio para estudiar en otra cosa que en hacerse santo?

Este es tambien, Señor, el fruto que yo espero sacar de esta meditacion con el auxilio de vuestra gracia.

JACULATORIAS.

¡Vanidad de vanidades, todo no es mas que vanidad! ¿Qué le queda al hombre mundano de todos sus afanes, y á qué queda, en fin, reducido sino á un poco de ceniza? *Eccl. 1.*

Señor, yo detesto con todo mi corazon mi vida pasada; yo me acuso á mí mismo, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza. *Job. 42.*

PROPOSITOS.

1.º Como la ceremonia de la ceniza es una práctica de religion; hacedla con todas las disposiciones, y con el espíritu que pide una ceremonia tan santa. Es inútil que se ponga la ceniza en la cabeza, si reina el orgullo en el corazon. Dios mira con horror toda gazmoñería. Si el alma no está contrita y penetrada de la idea de su nada, toda esta humillacion exterior no pasa de una pantomima. Guardaos bien de llevar la irreverencia y la indevacion hasta á los ejercicios mas humillantes de la religion. Presentaos á recibir la ceniza en la frente con un corazon contrito y humillado; escuchad el decreto de muerte con una

perfecta resignacion, y haced al mismo tiempo el sacrificio de vuestra vida; aceptad la muerte á que Dios os ha condenado en satisfaccion de vuestros pecados, y como una pena que habeis merecido justamente. En la hora de la muerte apenas está uno capaz de hacer un sacrificio meritorio; hoy propiamente es, al recibir la ceniza en la cabeza, cuando el sacrificio que haréis de vuestra vida puede ser muy agradable á Dios y de un gran mérito.

2.º No perdais de vista la muerte, de la que el simbolo mas natural es la ceniza. Este pensamiento persuade fácilmente la penitencia, y endulza su rigor. Comenzad la Cuaresma con espíritu de penitencia; ¡para cuántos será esta la última! ¡Y qué consuelo no tendréis de haberla observado cristianamente, si debiese ser la última para vosotros! Unid vuestro ayuno al de Jesucristo, para hacérosle por este medio mas meritorio. Una de las astucias mas perniciosas del demonio, es el hacernos mirar las ceremonias mas santas de la religion como costumbres indiferentes. Acompañad, animaos en esta de un espíritu cristiano; y en todo lo que hiciéreis, decios á vos mismo: Acuérdate que no eres mas que polvo, y que serás reducido á polvo dentro de pocos dias.

JUEVES DESPUES DE CENIZA.

Como el ayuno de la Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia dos curaciones corporales, milagrosamente obradas en dos personas, de las cuales la una era de la primera y mas noble cualidad